

CON OTROS OJOS

¡No podían mirarme mejor!

They couldn't look at me any better

José Luis Santos Panero

Había llegado a eso de las cinco de la tarde, más o menos. Para ser más preciso, me habían llevado. Después de una carrera a velocidades desconocidas para el habitualmente prudente conductor, me dejaron en la puerta del servicio de urgencias. Me gustaría decir que, dado que me quedaban unos pocos minutos de vida, me atendieron de inmediato. Pero no fue exactamente así. Parece ser que no te puedes morir sin identificarte. Una administrativa que estaba trasteando unos papeles con gesto maquinal tras una pantalla de metacrilato, así me lo hizo entender. O, mejor dicho, no me hizo entender nada. Simplemente me pidió la tarjeta sanitaria. No debió impresionarle mi aspecto terminal, entre otras cosas porque no me miró, apenas levantó la cabeza para atenderme con profesionalidad, con la eficiencia de un cobrador de peaje o de un sexador de pollos. Las palabras exactas no las recuerdo, pero seguro que ella sí, porque parecía que eran las mismas que dirigía a todos cuantos osaban detenerse ante su mostrador. ¿Tiene usted su tarjeta sanitaria? Depositó la tarjeta por debajo de la ranura, igualito que cuando pago en la gasolinera en horario nocturno. La tomó en su mano y consultó los datos en una pantalla de ordenador, que tenía vuelta hacia sí. Me preguntó si era correcta mi dirección y mi teléfono. Le confirmé que eran los míos y, mientras me devolvía la tarjeta, me indicó que esperara en la sala de espera, que me llamarían. Creo que, de haber sido yo un delincuente, si la señora hubiera sido citada para una rueda de reconocimiento, no podría haberme distinguido de un perro sambernardo. No es que no me viera, es que no me miró.

En la sala de espera, apenas estuve unos minutos. Me llamaron enseguida. Me hicieron pasar a una pequeña habitación, donde había una mesa con un ordenador y una camilla y una persona que llevaba un atuendo de dos piezas del mismo color y de ínfima calidad, que supuse que era personal sanitario, sin poder precisar, aunque en caso de que tuviera que cruzar alguna apuesta diría que era enfermera. Me empezó a hacer unas preguntas. También tenía una pantalla de ordenador frente a ella y me pareció que estaba leyendo un cuestionario. Era como un *chatbox* con patas. Por cierto, con tanta diligencia se me había olvidado que estaba en mi último día de vida. Empezaba a suponer

que lo mío no era para tanto, porque nadie parecía tener mucha prisa por saber de qué iba a morir o, en caso de que se pudiera evitar, qué se podía hacer para intentarlo. Me indicó que me estirara en la camilla, que me iba a hacer un electro. Desde ese momento, entré de lleno en la jerga. Si quieres hacerte el interesante, en cualquier asunto, aunque te sea ajeno, hay que pillar la jerga. Pensé que, ya que no sabía cuánto iba a durar, lo mejor era intentar aprender tanto como pudiera, y lo de la jerga sanitaria era mi última oportunidad, teniendo en cuenta que no iba a salir de allí. De momento me había apuntado triaje, no sé si con jota o con ge; box, como lo de los coches de fórmula uno, muy apropiado para la reparación que yo iba a precisar, y electro, que vendría a ser el masculino de la hija de Agamenón. Me saqué la camisa y la dejé sobre una silla, de cualquier manera. Total, era posible que nunca más la volviera a necesitar. Me empezó a poner unas pegatinas a la altura del pecho, unas seis conté. Por cierto, la chica de la ropa monocolor, muy bien, muy profesional, pero no recuerdo que en ningún momento se cruzara su mirada con la mía. Supongo que el cuestionario no debía incluir que me mirara el color de los ojos, que estaban muy lejos del órgano afecto. Del aparato de electros, que me pareció un poco rudimentario, salió una tira de papel que la chica arrancó con mala leche, o eso me pareció. No sé si el resultado reflejaba la realidad de lo que me pasaba, pero si yo fuera una tira de papel, no me gustaría que tiraran de mí con semejante violencia.

No habían pasado más de diez minutos y me volvieron a llamar. Me pasan a una sala grande, donde había muchas camillas separadas por unas paredes que a su lado el pladur era cemento armado y cerradas –es un decir– por una cortina. Me dieron algo parecido a un camisón que se ponía del revés, con la abertura en la espalda y el culo. Pregunté si podía dejarme la ropa interior, porque era poco decoroso el atuendo y de peor calidad que el de dos piezas que llevaban todos los que trabajaban por allí. Aunque peor eran los zapatos que usaba la mayoría, de material sintético, con un diseño viejurgo. No entiendo cómo personas con estudios se prestan a vestirse de esa manera. Me dijo que sí, qué me iba a decir, si me llega a obligar a quitarme

Filiación de los autores: España.

Contribución de los autores: El autor ha confirmado su autoría en el documento de responsabilidades del autor, acuerdo de publicación y cesión de derechos a EMERGENCIAS.

Correo electrónico: jlsantosp1958@gmail.com

Información del artículo: Recibido: 25-2-2025. Aceptado: 25-2-2025. Online: 28-2-2025.

Editor responsable: Antoni Juan Pastor.

DOI: 10.55633/s3me/019.2025

los calzoncillos, me voy a morir a otra parte. No recuerdo que me mirara, para qué. Tal vez lo hizo, pero no lo recuerdo. Al poco entró otra persona, supongo que enfermera, y me tomó la tensión. Con profesionalidad. Un manguito me aprieta el brazo. Está unido a una máquina pequeña, que cuelga de una barra vertical con un trípode con ruedas. Muy práctica. Un pitido y el manguito se desinfla. Veo los dígitos. No sé mucho de tensiones. ¿Está bien? Sí, está bien. Se va.

Al cabo de un rato entra de nuevo. Me pregunta si tengo dolor mientras prepara la máquina de electros. No, le digo. Le vamos a repetir el electro y le vamos a sacar sangre. Haga usted lo que tenga que hacer. Todo muy profesional. Me pone las pegatinas. Alguna se despega. La pega de nuevo. Se lleva el electro. Al cabo de un rato viene con una palangana y varios utensilios plásticos y una tira de goma. Me aprieta el brazo con la goma y me toca el antebrazo. Estará buscando una vena o así. Le voy a dejar una vía, por si acaso. Otra palabra para mi jerga, una vía. Me imagino como una carretera en la vena o algo más pequeño que una autovía. No sé qué significa ese por si acaso, pero no augura nada bueno. Por fin alguien se da cuenta de lo que me está pasando. Adelante, no se corte. Creo que esboza una sonrisa, pero no estoy muy seguro porque está concentrada en mi antebrazo. Si le preguntan en ese momento cuántos pelos tengo en el antebrazo, igual podría haber aproximado una respuesta, pero si le preguntan por el color de mis iris, no habría atinado.

Se va y me deja solo. Hasta ese momento, no sé si algún médico sabe de mí. He tenido trato con una administrativa y con varias enfermeras. Es posible que algún médico de urgencias haya valorado mi primer electrocardiograma, también el segundo, pero no lo sé. Solo sé que, hasta ese momento, lo que se dice mirar, nadie me ha mirado. Me han visto, seguro, pero no me han mirado.

Ya no tengo dolor, pero mi pronóstico no ha cambiado: de hoy no paso. Estaba tan tranquilo, después de comer –la que iba a ser mi última comida y yo sin saberlo–, y empezó la molestia, la sudoración, la palidez... Parece que hace un mundo de eso y no han pasado ni dos horas. Al poco, en la cortina de enfrente, a escasos diez metros mal contados, hay movimiento. La enfermera ha dejado mi cortina descorrida y lo veo todo. Hay una señora mayor, muy mayor. Hace un rato, la última vez que entró una enfermera a verla, dejó también la cortina descorrida. Ya me parecía que muy bien no estaba, muy pálida la vi. Y ahora a correr. La atienden simultáneamente tres o cuatro personas. Van y

vienen. Parece todo un poco caótico, un desorden supongo que controlado. Una quinta persona aparece con una bolsa de plástico de un color negruzco. La cuelgan de un palo con gancho y veo el líquido que cae por un tubo estrecho de plástico transparente lentamente. Es sangre. No sabía que la sangre fuera tan oscura. Se queda con ella una de las personas que desde el principio había acudido al trote. Me olvido de mí. Ya no recuerdo el dolor, ni lo que pensaba cuando llegué. Esa mujer sí que está en las últimas. Yo no tengo tan mal color y el dolor ya no lo tengo. Si sobrevivo a esta a lo mejor sí que un día me toca a mí una ración de sangre de un desconocido, carreras arriba y abajo. A lo mejor ese día sí que me miran a los ojos, ni que sea por compasión. Tal vez que te miren a los ojos es señal de que estás en las últimas. Empiezo a pensar que todo lo sucedido hasta ahora es una buena señal. Esta gente es profesional. Si me pasara algo gordo, si realmente mereciera su preocupación, como la anciana que tengo enfrente, estarían más pendientes de mí. Tal vez la práctica común en un servicio de urgencias sea estas: vas, dices lo que te pasa, te aplican algún protocolo en el que no consta la necesidad de verte o mirarte, te dejan en una camilla y esperas un veredicto, con la incertidumbre natural y la esperanza de que sea favorable.

Un par de horas después vinieron una pareja de médicos, hombre y mujer, parecían ser amables o lo fingían muy bien, podrían ser hasta simpáticos en otras circunstancias. Se ven cansados, un poco desaliñados. Ella sí me mira a los ojos, se presenta, me pregunta, me toca, me ausculta... Muy profesional. Él no, él parece ser un miembro más de la secta de los que no pueden mirar a los ojos, no sea que nos convirtamos en estatuas de sal. Ella me informa, me comenta el electrocardiograma, me dice que la analítica está bien y que me la repiten por si acaso. Me iré a casa casi con toda seguridad. Si la segunda analítica está bien. Me olvido de todo lo sucedido. Me da igual si la administrativa me miró, o si la enfermera que me hizo el primer electrocardiograma se acuerda de mí o si las otras podrían describir el color de mis ojos. A quién le importa eso. Me acaban de dar la mejor de las noticias. Me voy a casa y cuando me pregunten sobre qué tal me atendieron diré que no pudieron mirarme mejor, que tenemos mucha suerte de tener la sanidad pública que tenemos. Total, yo tampoco recuerdo la cara de la administrativa ni el color de los ojos de ninguna de las personas que me atendieron. Por cierto, y para rematar lo de la jerga, la sala que compartimos la anciana y yo, la llaman observación. Ironías de la vida.